

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42, 1-4.6-7): *Mirad a mi siervo, mi elegido.*

Salmo (28, 1a y 2.3ac-4.3b y 9b-10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz».*

2ª lectura (Hechos 10, 34-38): *Dios no hace distinciones.*

Evangelio (Mateo 3, 13-17): *Este es mi Hijo, mi predilecto.*

«Llega Jesús y es bautizado por Juan; el Señor recibe el bautismo de manos de su siervo, a fin de darnos ejemplo de humildad, porque la humildad es la plenitud de la justicia, según él mismo lo enseña, cuando, a estas palabras de Juan: “Yo soy quien debe ser bautizado por ti”, respondió: “Deja eso ahora, para que se cumpla toda justicia”» ^(Mt 2, 14-15). (San Agustín, Sermones. 52,1).

La escena del bautismo se describe muy parcamente: Jesús es bautizado y sale del agua. El interés radica en señalar otros elementos que revelan lo que está sucediendo: La apertura del cielo indica una “teofanía”, una revelación que constituye una experiencia visual y auditiva. La bajada del Espíritu en forma de paloma evoca cuando Noé suelta esa ave ^(Gn 8,8), reforzando el tema de una nueva creación, de un nuevo comienzo.

Mientras la voz de Juan es una voz en el desierto; ésta es una voz que procede de los cielos, la morada de Dios. Él es el quien habla para subrayar la identidad de Jesús: *«Este es mi Hijo»*. Las palabras del Padre están en tercera persona. No se dirigen directamente a Jesús, sino a los oyentes, ante los cuales Dios presenta a Jesús como **Mesías-Hijo-Siervo de Yahvé**. Haciéndose bautizar Jesús acepta su misión. Quienes le sigan deberán continuar su cometido de proclamar el Reino de Dios. Un reinado de “comunió*n y amor*”.

¿Por qué se bautiza Jesús? Además, ¿por qué quiere que lo bautice Juan? ¿Conoce realmente Juan a Jesús? Él es el que clama en el desierto, el que prepara el camino a Jesús, el que quiere impedir su bautismo, porque no se considera digno.

Aprender a bajarse para ser ensalzado. Qué gran enseñanza de Jesús y qué poco la seguimos. A pesar de la distancia entre Juan y Jesús, entre ellos surge un lugar de encuentro, de comunió*n*. Cada uno de ellos tiene que cumplir lo dispuesto por Dios; a Juan le toca bautizar a Jesús y a Jesús someterse al bautismo de Juan.

Ambos se quitan las sandalias (en sentido metafórico), ambos realizan *«la justicia»* de Dios. Y el Padre reconoce a uno como profeta y al otro como Hijo: *«Este es mi Hijo, en quien me complazco»*. Saber y sentirse Hijo de Dios, entrar en la dinámica de la vida trinitaria, una vida en “comunió*n de amor*”.

El evangelio de hoy nos sitúa en un marco lleno de evocaciones para todos los amigos de la Biblia. A todos el río Jordán nos recuerda el paso del desierto a la tierra fértil, a la nueva patria, a lo que será su hogar, pero sobre todo recuerda el paso a la libertad y a la seguridad.

Desde Egipto, situación de esclavitud, han pasado el mar Rojo y pasan a la libertad del esfuerzo, el cansancio, la obligación, la ley. Al pasar el río entrarán en una nueva vida, porque entran en su tierra, aunque no siempre fueron conscientes del regalo que se les hacía y lo desaprovecharon en muchas ocasiones.

Ahora, en ese mismo marco, comienza Jesús una vida nueva para él y para nosotros. Se ha ido al Jordán en donde Juan está bautizando, pero ni él ni sus bautizados entienden el bautismo si no es como penitencia de los pecados. Jesús, en cambio, va a darle al bautismo otra dimensión mucho más profunda.

Como fue para los antiguos hebreos, hoy Jesús le da un carácter de cambio total para la vida humana. Los humanos ya no somos solo producto de una evolución biológica, tampoco somos solo creación de Dios, ni siquiera somos unos elegidos entre otros. Ahora somos, como Jesús, hijos de Dios. Él nos hace posible ese certificado que atestigua esa verdad. **Somos hijos**. Tenemos los mismos derechos que Jesús porque Él nos ha conseguido ese nivel y Dios, el Padre, ha aceptado la decisión.

Por ese motivo el antiguo marco de la entrada en la tierra se ha convertido ahora en el marco de entrada en la familia de quienes se saben hijos. Juan Bautista no se ha enterado, el pobre, al que el más pequeño del Reino de los Cielos le aventaja.

Lo importante ahora es creérselo. No dudar de semejante privilegio, no seguir en el miedo del extraño al que le parece que le van a ir a buscar para echarlo. Como les ocurre a los inmigrantes ilegales, siempre clandestinos para evitar ser descubiertos. Como les ocurre a los refugiados que llegan con el miedo en el cuerpo por temor a no ser aceptados. Como les ocurre a los niños adoptados en orfanatos que, acostumbrados al miedo por los tratos recibidos, no se creen que la dicha de estar en una casa como suya pueda ser verdad.

Los bautizados somos quienes sabemos y creemos y vivimos como hijos de Dios en esta casa suya y en esta comunió*n* de quienes hemos sido bautizados y agradecemos la suerte de sabernos hijos realmente. Ya no tenemos miedo a Dios. Él nos quiere como hijos. Pero quiere que nos llevemos bien y comuniquemos a los demás esta buena noticia.